
SOBRE *¿HOLA? UN RÉQUIEM PARA EL TELÉFONO*, DE MARTÍN KOHAN

Laura Gentilezza
Universidad Paris-Est
lauragentilezza@gmail.com



∞

¿Hola? Un réquiem para el teléfono, de Martín Kohan; Buenos Aires: Ediciones Godot, 2023; 136 pp.; ISBN: 978-987-89284-6-3.

Una lágrima sobre el teléfono

No deja de ser notable que en un recorrido tan pormenorizado como el que realiza Martín Kohan sobre la incidencia de la tecnología del teléfono en las relaciones, la gestualidad y las referencias de la cultura popular argentina, haya caído en el olvido aquella telenovela donde el vínculo entre los enamorados nacía en una llamada telefónica. Se trata, claro, de *Una voz en el teléfono*, de Alberto Migré.



Y el olvido es notable porque precisamente el primer encuentro entre quienes van a enamorarse comparte con el ensayo de Kohan el punto de partida:

—Hable ... ¿Hola?— dice él
 —Hola— dice ella
 —Sí, ¿quién es?— dice él
 —(silencio)—
 —¿Por qué no contesta? — dice él
 —Porque no sé qué contestarle— dice ella
 —Bueno, y ¿para qué llama?— dice él
 —Para hablar con alguien— dice ella
 —Ah...hable— dice él¹

El diálogo que Alberto Migré imagina para los enamorados comienza con la pregunta que da título al libro de Kohan, *¿Hola? Un réquiem para el teléfono*, y que él analiza finamente en el primer apartado cuyo título es también “¿Hola?”. Allí, Kohan despliega la que será la dinámica del libro, un conjunto de apartados de extensión variable donde el detalle, en este caso el tono interrogativo con que se profiere el habitual “hola” inaugural de toda conversación telefónica, es la ocasión para deshilar una serie de prácticas culturales instauradas por la tecnología, aún inverosímil, del teléfono y de su posibilidad de hablar con quien no está presente. Pero también Migré hace declinar en el diálogo el sentido de un verbo, “hablar”, fundamental para la reflexión de Kohan. Porque en su análisis de la evolución de la tecnología, no deja de señalar que el verbo “hablar” y el sintagma “hablar por teléfono” han quedado imbricados en una práctica casi caída en desuso y, por ende, relativamente obsoletos. Es, sin embargo, esa palabra la que continúa activa en el lenguaje popular para referirse a un aparato cuyo nombre también alude a lo que ya pasó de moda: “Adquirió otros usos, diversos y distintos: máquina de fotos, filmadora, grabadora, agenda, navegador de internet, radio portátil, equipo de música, televisor, reloj. Ya no exactamente un teléfono. Pero se sigue llamando teléfono” (23).

La persistencia del nombre ancla en el lenguaje una experiencia pasada, refiriendo a las generaciones que atravesaron la evolución de la tecnología, y que pueden leer con nostalgia, que es el tono muchas veces de la cadencia del ensayo, las referencias con las que Kohan intenta demostrar la magnitud que la llegada del teléfono tuvo para la *nuda* vida. Tal es la magnitud, que Kohan busca delinear su forma en este trabajo: la de un género discursivo cuyas características resultan de una tecnología que dio lugar, además, a una forma de percepción que pareciera ya haber caducado. Ese género discursivo provoca esta forma de percepción que persiste manteniendo también vigente la tan vituperada noción de generación.

Definir y analizar este género discursivo es el propósito de Kohan en este ensayo que, en vez de convertirse en una reflexión de corte sociológico al estilo de los estudios culturales, va declinándose progresivamente y permitiendo, así, tratar diferentes aspectos con la soltura intelectual que este género permite.

¹ El diálogo perteneciente al guion de los primeros episodios de *Una voz en el teléfono* de Alberto Migré fue obtenido en el sitio Di Film Argentina, consultado el 24 de agosto de 2023.

Por un lado, se refiere a toda una serie de experiencias comunicacionales propias del canal, tales como atender una llamada y no saber quién llama, llamar y pedir por alguien, hacer un llamado equivocado, marcar mal, que se ligue la llamada, que dé ocupado, hablar con empresas, hablar con el contestador automático y hablar con amigos durante horas e, incluso, hablar románticamente por teléfono. Esperar a que llegue el ansiado llamado. Hablar siempre con alguien que no está presente pero con quien se comparte de todos modos la dimensión temporal. Hablar con quien puede ocultar su identidad. Ese conjunto no cerrado de prácticas es el que de algún modo circunscribe los vínculos que varias generaciones, las que a lo largo del siglo XX dispusieron de un teléfono, establecieron con la telecomunicación pudiendo construir relaciones que se sostuvieron en la distancia física gracias a esta tecnología. Pudieron manifestar con sus rostros lo que ocultaban con sus palabras durante una conversación.

Al mismo tiempo, Kohan señala la existencia de tipos de texto asociados al teléfono, como la agenda, con la lista de números telefónicos, pero sobre todo la guía telefónica, ese mamotreto donde se consignaban los números de quienes disponían de un teléfono y se escondían aquellos números de quienes pagaban por no figurar allí. Esa información, en gran parte accesible hoy en internet y en la lista de contactos de los *smartphones*, elude el paso por el papel pero, al mismo tiempo, socava el despliegue de la memoria que el soporte escrito habilitaba: ya casi nadie recuerda los números de teléfono de nadie, ni siquiera, muchas veces, el propio.

Uno de los aspectos más interesantes del recorrido es el que le dedica a la evolución de la propia tecnología: la antigua existencia de telefonistas, la llegada del identificador de llamada que permitió desenmascarar a quien estaba del otro lado —o al menos a su número de teléfono—, la señal de ocupado que desapareció tras el desarrollo del contestador automático incorporado a la línea, la extensa tradición de bromas telefónicas, los programas de televisión donde la interacción con el público se daba a través del teléfono.

Esa evolución abre la posibilidad para Kohan de un trabajo de archivo mediático donde recuerda con menuda precisión al doctor Tangalanga, a Baby Echeopar y la sarta de peleas e insultos que ellos propiciaron para divertir espectadores. Pero, desde luego, quien aparece entre las referencias no puede ser otra que Susana Giménez y su programa *Hola Susana*, cuya cortina musical anunciaba en gerundio que el público la estaba llamando para poder jugar. Llamar para jugar y compartir la dimensión temporal con la conductora de televisión y con todos los telespectadores, que era casi como decir, en algún momento, con el país entero. El teléfono operaba ahí como una suerte de plano transversal donde se equiparaban quienes participaban de la comunicación. Esa idea de plano transversal sirve también para pensar el tipo de relación que establece Kohan con las referencias que maneja. Porque Tangalanga, Susana Giménez, Jean-Luc Nancy, Wim Wenders, Raffaella Carrá, Manuel Puig, Anton Chéjov, Sergio Bizzio y el Superagente 86 pueden circular en el libro tratados con un mismo tenor que solo se ve perturbado por una ligera diferencia que da cuenta del oficio: hay un claro gusto y profundidad en los apartados literarios, como los que dedica a “Emma Zunz” de Borges o a Kafka, donde a pesar de asistir actualmente a un borramiento de fronteras disciplinares en pos de una transdisciplinarietà que lo vuelve todo posible, Kohan demuestra —sin que este verbo suponga una evocación de su voluntad— el rigor de la crítica literaria.

Ese universo referencial es también un marco teórico que rodea el ensayo y circunscribe un lugar desde el cual Kohan enuncia y cuyos pilares son Walter Benjamin, Mladen Dolar, Roland Barthes y, en cierto punto, el mismo Kohan, entre muchos otros. Quienes han reflexionado sobre

las consecuencias que las tecnologías tuvieron sobre la percepción, el cine, la fotografía, conforman entre otros los resortes con los que Kohan articula teóricamente los apartados del libro, dándole un tono de ensayo teórico que permanece fiel a su estilo detallista, una forma de pensamiento y de formulación que está presente tanto en su prosa crítica —como en su reciente *La vanguardia permanente*— como en su prosa literaria e incluso en sus columnas dominicales.

Todo el ensayo explora, finalmente, el aspecto sensorial y emocional que la tecnología de la comunicación telefónica ha ido instaurando en el tejido social y corporal. El deseo o el goce de hablar por teléfono, de no poder cortar, de estar aferrado al aparato es lo que permite no poner en juego el cuerpo en una escena con otros. El espacio donde tiene lugar la comunicación, privado o público, la casa, el trabajo, la calle, un bar, ha modulado con la evolución de la tecnología la relación entre privacidad, comunicación y movimiento. Cada vez más pegado al cuerpo —del teléfono fijo, al inalámbrico y de ahí al teléfono celular—, el teléfono se incorporó literalmente a la vida cotidiana al tiempo que el hablar fue cediendo espacio a las otras prácticas que el aparato permite actualmente: enviar mensajes escritos, de audio, de video, fotos, textos, escuchar música, etc., etc., etc.

Así, el sentido del oído, que fue solicitado en un primer momento, debió compartir su lugar predominante con el de la vista, al que había opacado cuando el interlocutor desapareció de la escena y volvió a aparecer bajo la forma de la imagen, hoy uno de los aspectos más estudiados por las últimas reflexiones vinculadas con el impacto tecnológico de las comunicaciones y la transición digital.

La imagen pareció por un momento detentarle el lugar a la voz y es, quizás, un poco en homenaje a esa sensibilidad auditiva, la de la voz, la del oído, que Kohan le dedica estas páginas al teléfono, porque además de atravesar lúcidamente la trama que construye esta tecnología, Martín Kohan convoca amorosamente las referencias diversas que conforman su propia cultura, una amalgama de autores teóricos, textos literarios y señales de la cultura popular argentina, y deja —como cantaba el Paz Martínez en la cortina musical de aquella telenovela— “una lágrima sobre el teléfono”.